las fuentes, reciben la confirmacion y la santa Eucaristía: tambien el mismo dia toman posesion de todos los bienes y tesoros espirituales de la Iglesia.

Nada es mas fácil, dice el padre Chardon, que dar la Eucaristía á los niños pequeños, especialmente aquellos que están todavía en la lactancia. Tambien vemos, que ordinariamente no se les dá mas que la preciosa sangre.

En el siglo XII, para desviar los inconvenientes de esta comunion de los niños, el sacerdote mojaba el dedo en la sangre preciosa, y lo metia en seguida en la boca del pequeño bautizado, que lo chupaba.

El uso de dar la Eucaristía (1) á los niños que acababan de nacer para Dios por el agua regeneradora del bautismo, era tan general, que los cristianos mas esclarecidos creian que si no la recibian antes de la muerte, perdian grandes ventajas: esto es lo que se deduce por la duda que el diácono Ferrando propuso á San Fulgencio, con motivo de un jóven esclavo negro, que su amo habia hecho instruir en la religion, que habia sido catecúmeno, y que repentinamente habia sido bautizado en artículo de muerte, sucumbiendo al mal antes de haber podido recibir la santa comunion. Sobre esto decia Ferrando: ¿Si no está condenado el que despues de bautizarse no logra comer la carne de nuestro Señor, ni beber su sangre, cuando es atacado por la muerte entre el bautismo y la comunion? A lo cual respondió San Fulgencio, que él no juzgaba sufriesen pena aquellos que mueren antes de recibir la sagrada Eucaristía; porque cada uno de nosotros comienza á participar de este pan, cuando empieza á ser miembro del mismo cuerpo; es decir, de Jesucristo, lo que se hace en el bautismo. En consecuencia de esta doctrina ha cesado hace muchos siglos la costumbre de dar al mismo tiempo á los niños la Eucaristía con el bautismo.

" En otro tiempo era costumbre en Occidente dar á los neófitos despues, el bautismo y la comunion *de leche y de miel*, para hacerles entender que por los sacramentos en que eran iniciados los cristianos, entraban en posesion de la verdadera tierra prometida, de la cual no era Palestina mas que la figura."

Nada prepara tan bien á los dulces y fructuosos goces de la familia, como el cumplimiento de un deber religioso; nada dilata nuestra alma, ni la engrandece tanto, como las santas ceremonias y las bellas plegarias del católico. Dios, que es su autor, ha esparcido en ellas, con sus divinos sacramentos, una maravillosa y sublime poesía. Jamas la casa paterna nos parece tan deleitosa, tan grata de habitar, como cuando llegamos de la iglesia: allí, rogando ante el Padre comun de todos los hombres, nos sentimos impregnados de su amor; no lo dudemos: de allí, de los tabernáculos sagrados de nuestros altares, destila un celeste rocío, que se embebe en nuestros corazones y los rejuvenece; nunca amamos tanto á los nuestros, jamas nos sentimos mas dispuestos á los generosos sacrificios, jamas, en fin, tan dispuestos á las dulces y puras aficiones, que cuando acabamos de rogar á Jesucristo..... ¿No es esto, porque de él provienen la paz y el amor?

(1) El P. Chardon, *Historia de los Sacramentos*. T. V, pág. 375.

Mirad el séquito de la familia y amigos que han acompañado al bautismo al niño recien nacido: acabada la ceremonia, cerrada el acta de nacimiento, y firmada en los registros de la parroquia, todos se apresuran á volver cerca de la madre del niño cristiano, que entra en la vida, cercado de sus votos y bajo el alto patrocinio de algun santo del cielo. La alegría y la esperanza se encuentran en el corazon de todos; porque el niño viene de buena estirpe; sus padres han hecho por él lo que por ellos hicieron, y le criarán en la creencia y el amor de Dios: él será, para la aldea, ó la ciudad en que acaba de nacer, un hombre honrado mas.

Entre tanto, los amigos apresuran la marcha, porque piensan en la madre, que impaciente espera detras de sus cortinas de seda ó lana; allí, donde ella ha contado los minutos trascurridos; será cruel hacerla esperar su recien nacido: se va pues de prisa, y entre tanto, cuando el niño ha visto la luz en la fresca y riente estacion que puebla la tierra de verdura y de flores, el camino rústico que guia de la vieja iglesia á la casa de la parida, está bordado de poéticas seducciones: aquí está el rosal silvestre con sus largas ramas festonadas, donde se entreabren los botones y hacen presentir la rosa: acá está la ojiacanta, que por la blancura de sus guirnaldas, reemplaza la nieve que el sol de Abril ha derretido.

En los zarzales, en los vallados de ojiacanta, los jilgueros, los colibrís, los mirlos y las alondras, saltan y cantan fabricando sus nidos; porque bajo la enramada, como bajo el techo de paja, y en las altas y agudas techumbres del castillo se saben sentir las alegrías maternales.

Cuando el bautismo se ha hecho en invierno, cubiertos por las nieves, bajo un cielo nebuloso; cuando la víbora se oculta en la tierra y cruje bajo nuestras pisadas, se precipita mas todavía, porque el viento glacial puede impedir que el boton naciente llegue á abrirse. Así veis, como el niño es abrigado, envuelto de lanas las mas felpudas y calientes, que la madre ha podido procurarse.

En este dia de maternal alegría, el hogar ordinariamente vacío y desalojado, se adorna y se engalana; brilla la luz, y refleja su rojizo resplan-

dor y su dulce calor sobre la cuna. La miseria podrá llegar mas tarde en esta modesta habitacion: las privaciones con todas sus angustias, vendrán á acosar á los padres del recien bautizado.... pero ello es cierto, que el niño será el último á sentir la desgracia: para defenderle del frio, para salvarle del hambre, está allí su madre; ella se despojará hasta de su último andrajo para cubrirlo.

Al escribir sobre el bautismo, no se puede menos de pensar en la MADRE CRISTIANA, y para pintarla bien, ¿qué hemos de hacer mejor, sino tomar algunas líneas del autor del Genio del Cristianismo?

"La bondad de la Providencia se muestra toda entera en la cuna del hombre. ¡Cuántos recuerdos poéticos! ¿No serán mas que el efecto de una insensible materia....? Nace el niño; el pecho está lleno; la boca del jóven convidado, aun no está armada para poder lastimar la copa del banquete maternal; crece, la leche se hace mas nutritiva; se desteta, y la fuente maravillosa se agota.... Esta muger tan débil, ha adquirido de golpe las fuerzas que le hacen soportar las fatigas que no podria arrostrar el hombre mas robusto.

"¿Qué es lo que la despierta en medio de la noche, en el momento mismo en que su hijo debe solicitar su alimento acostumbrado? ¿De dónde viene esta destreza, que jamas habia poseido? ¿Cómo toca esta tierna flor, sin ajarla? Sus cuidados parecen ser el fruto de la esperiencia de toda su vida; y sin embargo aquel es su primogénito. El menor ruido espantaba á la doncella: ¿dónde están los ejércitos, los rayos, los peligros, que hacen palidecer la madre? En otro tiempo, á esta muger le hacia falta un alimento delicado, una ropa fina, una cama blanda; el menor soplo de aire la incomodaba: al presente, un pan grosero, un vestido de paño burdo, un puñado de paja, la lluvia, los vientos, nada le importan, mientras tenga en su pecho una gota de leche para alimentar á su hijo, y en sus harapos un jiron de que pueda hacer una manta en que envolverlo."

El dia de un bautismo, no es solamente el corozon de la madre el que rebosa de alegría; el padre del recien nacido tiene tambien sus trasportes; se mezcla á su dicha una especie de vanidad; el grito que su hijo ha lanzado al venir á la vida, ha duplicado, ha engrandecido, ha enaltecido su existencia: desde este momento (que no tendrá otro parecido en el resto de sus dias), ha sentido que una raiz mas fuerte que todas las otras, le ligaba de aquí en lo de adelante á la tierra: poseia el pasado, pero ya se cuidará del porvenir: se muestra solícito en tomar su hijo de brazos de la nodriza para llevarlo á su madre y decirle: "Hé aquí el bien mas dulce, el mas grande, que estrecha nuestra union, y que prueba que Dios la

ha bendecido: por tí me viene este dón del cielo; así, jamas me has sido tan querida, nunca me has parecido mas bella, nunca tampoco tan merecedora de mi amor y mi respeto." Despues de haber colocado su recien nacido en los brazos de la jóven madre, próxima á desfallecer bajo las suaves delicias de la maternidad, se vuelve hácia los amigos y parientes que llenan la cámara, y les dice: "Regocijémonos, porque nos ha nacido un hijo para todos."

Entre los mas esplendorosos rayos de esta santa alegría de familia, falta contar antes que todos los otros, al abuelo: es un nombre el que se le ha dado al nuevo cristiano; y mezclando cada uno los recuerdos del pasado á los goces presentes, cree reconocer al viejo en el recien nacido que hace revivir su memoria.

El padrino y la madrina, vienen despues del venerable anciano; porque si comprenden bien el deber que acaban de llenar en la casa de Dios, prestando sobre las fuentes bautismales garantías y fianzas por el niño presentado al bautismo, son ellos, *espiritualmente y segun la gracia, despues del padre y la madre segun la naturaleza*, los dos séres mas estrechamente ligados al niño. Su paternidad ó maternidad no son menos verdaderas por ser *segun el espíritu*. Así lo veis, inmediatamente despues de los felices esposos, con sus preciosos atavíos, con sus grandes ramilletes, sus guantes blancos y sus cajas de confites, á abrazar la parida, y contarle cómo su hijo, *su ahijado*, fué conducido al bautisterio, cómo allí *ha probado por sus gritos, su fuerza, y su manifiesto deseo de vivir*. Despues enumeran todos los votos, que el buen cura ha hecho por su nuevo pequeño parroquiano, y como los pobres, que gozan siempre en las felicidades de los dichosos, han repetido viendo salir al niño de la iglesia: "*Que el buen Dios, la santa Vírgen y los santos ángeles, velen y guarden este precioso niño; porque sus antepasados han sido siempre para nosotros compasivos y caritativos.*

Todos estos relatos inundan el alma de la jóven madre de un santo y puro deleite, y si no se les diese tregua, acabarian por causarle mal; porque la felicidad agobia tanto como el sufrimiento.

Despues de algunos ratos consagrados á la efusion y á las congratulaciones de la familia, se pasa á la cámara, donde la madre y el niño van á reposar juntos: primero é inefable sueño que velarán dos bellos ángeles; aquel que hace veinte años ha protejido á la mujer que acaba de ser madre, y el espíritu celeste que el Señor ha encargado de la guarda del recien bautizado.

Esta frágil criatura de Dios, que el bautismo acaba de librar del vasallaje de Satanás; este niño, que apenas ha vivido algunas horas, y que duerme en este instante como un ángel, al lado de su madre, inclinada

sobre él y escuchando con delicia su respiracion dulce y regular; este primogénito ha ocasionado en la casa un movimiento y una animacion inusitados. Se diria que este recien llegado ha esparcido su juventud sobre todo cuanto le rodea. La vieja abuela, el venerable abuelo, parece que se han libertado en este dia de las molestias de su edad: sus rostros brillan de felicidad y de alegría.

Estad seguros, que de esta alegría, de esta felicidad, emanarán beneficios para los pobres, especialmente para las mugeres que estén en cinta. La alegría del verdadero cristiano jamas es estéril; puede ser comparada á la rosa de Jericó, que no guarda para sí sola su perfume, sino que lo reparte á lo léjos, para embalsamar y purificar el aire.

Mientras mas se estudie el mundo, mas se convence uno de que la religion, por decirlo así, purifica la atmósfera, y que para los desgraciados es un bien vivir cerca del templo donde Dios es adorado como debe ser: así desde antes del nacimiento de este niño que acaba de traerse de las fuentes bautismales, bajo el techo en que ha nacido, no se han ocupado de otra cosa mas que de los preparativos de esta deliciosa fiesta: los abuelos, los padrinos, no han pensado en otra cosa que en los bellos adornos, en los varios presentes: no han bastado, sin embargo, estas futilezas para su cristiana alegría, y de comun acuerdo han tomado sus medidas, para que en el instante mismo en que naciera el deseado niño, se distribuyesen los vestidos y otros socorros entre las pobres embarazadas, y las libras de pan blanco fuesen por cientos llevadas á los presos. Su alegría es tan viva y grande, que va á situarse allí donde se sufre y se llora.

Todas estas buenas obras se ejecutan en nombre del recien nacido: se quiere que Dios esté con él, y con este objeto, se hace todo aquello que mas agrada al Padre comun de los fieles; los actos de caridad.

Nosotros, que hemos vivido bastantes años, hemos asistido á muchos bautismos, y sabemos bien todo lo que los séres felices del mundo hacen por trasmitir *su fortuna* á sus hijos. Bien saben ellos cuánto es frágil su felicidad: y para que ésta no vaya á estrellarse contra algun escollo, para que llegue á la posteridad intacta y pura, no se encuentra mas que un medio: ponerla bajo la divina guarda. Así hemos visto doradas cunas, colocadas bajo el ala de los ángeles, en torno de las cuales se habian amontonando los beneficios para los necesitados y enfermos, y al lado de estos piadosos pensamientos, hemos visto las fiestas mas espléndidas, las alegrías y las danzas populares. Para esta solemnidad de familia, el castillo habia ataviado su rica arquitectura, sus pilastras, sus cornisas, sus fachadas, de guirnaldas de flores y ramas. Los mas bellos naranjos adornaban el patio, y las plantas mas raras, los ramilletes mas olorosos

ostentaban su brillante esmalte, y exhalaban sus perfumes en la rica y magnífica capilla.

Dentro y fuera de la noble estancia, todo era placer, como en los dias de *regocijo y de caballería:* de lo alto del balcon de honor, al grito de *Largueza, Largueza,* se hacia llover el oro sobre la multitud; y en los salones, donde los numerosos parientes y amigos estaban reunidos en la mesa, los votos y los deseos en los gozosos estribillos, eran cantados y repetidos en coro. En fin, cuando llegaba la noche de este hermoso dia; cuando cada cual de nosotros tuvo que retirarse á su alcoba; cuando cada uno se preguntaba, si habia faltado algo en esta fiesta, se respondia: *Nó.*

En efecto, nada se habia olvidado allí: Dios habia sido adorado; la inmaculada Vírgen, los santos y los ángeles se habian invocado; la ancianidad honrada; la pobreza, larga y generosamente socorrida.

Con nuestras previsiones humanas, no podiamos menos que prometernos la mayor felicidad para el niño bautizado en medio de tantas plegarias, votos y limosnas. Durante muchos años, debimos creer que todas nuestras peticiones á Dios fueron atendidas. La infancia, la adolescencia, la juventud del cristiano, por el cual habiamos rogado tanto, fueron todas bendecidas desde lo alto, y adornadas de bondad y de gracia.

Su décimo octavo año empezaba; iba ya á salir del colegio: su madre, su hermano, sus parientes, sus amigos, los numerosos y antiguos criados, estaban reunidos en el castillo, donde habia sido bautizado. Una brillante recepcion iba á hacerse á este jóven amado de todos.... era en efecto, un gran recibimiento hecho á aquel sobre quien reposaban tantas esperanzas. Pero cuando los enrejados del patio, cuando las puertas de la capilla se abrieron ante él, ¡ay de mí! estaban encortinadas de duelo, y era en un ataud donde llegaba al solar paterno. Y yo, que le habia predicho sobre su cuna un largo y dichoso porvenir, honrado, estimado, y rico en bendiciones, al escribir estas líneas, tengo aún ante los ojos el altar en que fué bautizado, y las baldosas negras bajo las cuales reposa el pobre niño.

La religion, nacida de un Dios de verdad, jamas hace falsas promesas. Así, en el ceremonial del bautismo, ella no promete al niño que admite en su gran familia, una *dicha terrestre.* El sacerdote de Jesucristo, abriéndonos las puertas del cielo y de la Iglesia, dirije sus miradas mas lejos y mas alto que á este valle de lágrimas. Esta *vida eterna,* esta *felicidad* sin fin con los ángeles y los arcángeles, es en el reino del Señor Eterno donde nos las hace ver; es para allí para donde nos las promete, si no nos despojamos jamas de nuestra ropa bautismal. Pero de las prospe-

ridades del mundo, no dice una sola palabra el ministro del Dios de los sufrimientos. Por consecuencia, cuando la dicha nos llega, á pesar de todos los votos que se han hecho por nosotros en la capilla de las fuentes, y cerca de nuestra cuna, no tenemos nada que reconvenir al Dios que nos ha dado el sér: no tenemos mas que sufrir, rogar, y someternos. Cuando se es viejo, como yo; cuando se mira atrás, se percibe á derecha é izquierda del camino que uno ha proseguido, como dos columnas ó linderos, uno vestido de negro, y otro de blanco. La colgadura blanca recuerda los bautismos y matrimonios; la negra, los sombríos funerales. Así, llegando á las cercanías de la eternidad, se pueden contar en todo caso, las alegrías y los dolores que se han pasado.

O mi amor por el catolicismo estravía mi imajinacion, ó es indudable que en todo esto que he intentado pintar describiendo las ceremonias del bautismo, hay muchas bellezas poéticas, unidas á muchas, grandes y saludables doctrinas. En el órden moral y religioso, acontece siempre así: el fruto se encuentra al lado de la flor. Ved el campo de trigo; la amapola y el aciano, se encuentran debajo de la espiga sazonada.

El sacramento del bautismo no se administra solo bajo la bóveda de una iglesia; lo mismo que en la piscina del bautisterio, en la cámara de la parida, en la sala de una familia, por mano de un sacerdote ó de un lego. Hay otras dos especies de bautismo: el *bautismo de sangre* y el de *deseo*.

Los santos inocentes, aquellos pequeños niños que el cruel y asombradizo Heródes hizo asesinar, se convirtieron en ángeles del cielo; por este *bautismo de sangre*, todavía al pecho, y de encima de las rodillas de sus madres, han tomado sus palmas del martirio, que toda la eternidad no podrá secar, porque ellos han sido los primeros en sufrir y morir por el divino Hijo de María.

Estas palmas se ponen tambien en manos de los adolescentes, de los adultos, de los jóvenes y de los viejos, que la sublimidad de la muerte de los primeros cristianos habia conquistado, y que valerosos *catecúmenos* pidieron que su sangre enrojeciese el arenal, en donde los adoradores del verdadero Dios eran arrojados y entregados á los leones, los tigres y panteras.

Este bautismo tiene cierta noble grandeza; porque desde que los hombres buscan lo bello y lo sublime, no han encontrado nada mas grande, ni mas heróico, que dar su vida por sus convicciones, y sellar con su sangre su profesion de fé.

El *bautismo de deseo*, que dá la vida eterna, como el *bautismo de agua* y el *bautismo de sangre*, aunque tenga menos grandeza á los ojos del mundo, no por eso tiene menos eficacia á los ojos de Dios. Aquel que lee en el fondo de nuestros corazones; aquel que ve nuestros pensamientos, y penetra los deseos de nuestra alma, no ha querido que el menor de estos deseos se pierda, cuando él los inspira. Así, ha mandado á sus ángeles recojer sobre la tierra y llevar al cielo, para ser depositados allí sobre el altar de los perfumes, todos los homenajes, todas las plegarias, todos los deseos piadosos de los hombres.

En el fondo de los desiertos mas apartados, en las soledades mas desconocidas, sobre las soberbias cumbres de las mas altas montañas, en el abismo y en la oscuridad de las mas profundas cuevas, si existe una alma que con sinceridad aspire á recibir el sacramento del bautismo, á fin de venir por su gracia á la presencia Dios.... creed sin temor, que el Señor le enviará un ángel para bautizarlo, y no dejará engañada su santa ambicion.

A este *bautismo de deseo* no asisten, como al *bautismo de agua*, un sacerdote, unos padrinos y una estola alegre de amigos y parientes: no tendrá ni la brillantez de los cirios, ni los repiques de las campanas parroquiales; pero el Dios á quien se eleva el deseo de esa pobre alma, hará descender sobre ella una gracia tan eficaz como el agua santa, para limpiar sus pecados y abrirle la puerta del cielo. Los ángeles serán los solos testigos de esta regeneracion, operada lejos de la vista y de la mano de los hombres. En todo esto que nuestros ojos ven, en lo que perciben nuestros oidos, en lo que tocamos con nuestras manos, hay constantemente muchas pruebas de la bondad de Dios, para que le alabemos sin cesar.

Para sostener la frescura y la fertilidad de la tierra, el Criador la ha surtido de grandes corrientes de agua, que nosotros llamamos fuentes y rios; pero ademas de estas fuentes y rios, la mano del Todopoderoso, la ha escavado, llenándola de caminos subterráneos para alimentar el globo.

Lo mismo es en el mundo moral: todos los beneficios de la Divina Providencia no se muestran solo á la faz del sol; y eso tienen de dulces y consoladores; que así como el rocío, descienden del cielo, sin que se les vea, sin que se les oiga.

Alabemos á Dios por los beneficios que conocen nuestras miradas; y alabémosle tambien por aquellos que no vemos. Persuadámonos de que la bondad del Padre comun de los hombres es tal, que la luz y el conocimiento de Dios, llegan á todo hijo de Adan y Eva que los pide con la sinceridad de su corazon.

El ojo de Dios lo ve todo; y aquel que ha elevado las cadenas de montañas, como inmensas murallas, para separar las naciones; aquel que ha

surcado el abismo de mares donde se engaña Leviathánm ; aquel que ha sembrado de estrellas, como de una brillante polvareda, el espacio del firmamento ; de allá de las alturas de su eternidad, descubre en medio de los millares de almas esparcidas sobre la tierra, aquellas que suspiran por él.

Las almas que pueblan el globo terrestre, viviendo sobre diferentes puntos y sometidas á diversas leyes, no se mueven jamas por unas mismas impresiones ; aquellas calmosas, apáticas, perezosas, viven costeando, aterradas y coordinando todo lo que las circunda ; otras no se impresionan mas que por lo que las apesadumbra, por lo que las oprime ; buscan aquello que no ven ; el culto de sus ídolos no les puede satisfacer, y anhelan por el Dios desconocido. Para éstas es para las que el Señor hace sus milagros, y á quienes envía sus ángeles.

Hace algunos dias, completamente preocupado en la obra á que he dedicado mis últimos años, y mis últimos medios, me paseaba en el parque de Servant : era en uno de los cálidos dias del mes de Setiembre, el cielo estaba despejado, ni una nube asomaba en él, las aguas no formaban una onda, y todo, hasta las hojas del álamo, parecia dormir en el calor y la inmovilidad. De repente, sobre una cortina de yedra, cuyo declive cubria una parte del muro que cuadra los largos muros del castillo, percibí sobre esta masa verde y reluciente, *una sola hoja*, que se movia y se ajitaba sobre tu tallo. ¿ Por qué ella sola tenia movimiento allí, mientras que sus hermanas y vecinas dormian inmóviles, como clavadas sobre la vieja muralla ?

¿ Por qué ? os lo voy á decir : era porque esta hoja estaba mas elevada sobre su débil apoyo que las otras que la circundaban. Lo mismo es en las almas : cuando no se arraigan á las cosas de acá abajo, cuando los intereses materiales no las pegan mas al suelo, la brisa que cae del cielo y que refresca la tierra, las toca al pasar y las ajita con su puro soplo.

Las ceremonias del sacramento del bautismo administrado á los niños recien nacidos, han inspirado á muchos de nuestros grandes pintores : ellos han encontrado una graciosa poesía en la debilidad de este pequeño sér que fija todas las miradas, y que llama sobre sí todos los votos del gozoso cortejo de parientes y amigos que le han acompañado desde la casa natal á la vieja y venerada iglesia de la parroquia.

Ciertamente, el bautismo de los adultos en nada cede al de los niños. "Ved el neófito (1) de pié, en medio de las ondas del Jordan : el solitario de la roca vierte el agua santa sobre su cabeza ; el manantial de los patriarcas, los camellos de sus riberas, el templo de Jerusalem, los cedros

(1) Chateaubriand. *Genio del Cristianismo.*

del Líbano, todos parecen absortos ante el gran misterio de la regeneracion del hombre."

San ambrosio trae una descripcion curiosa de la manera en que se administraba el sacramento del bautismo á los adultos en los primeros siglos.

El dia señalado para la ceremonia, era el sábado santo. Por este sacramento, el neófito resucitaba de la muerte, del pecado á la vida de la gracia ; la Iglesia habia querido nivelar esta resurreccion por el bautismo, con la de Jesucristo.

En la vigilia de Pascua, se verificaba el bautismo de los catecúmenos con gran pompa, y ante millares de fieles, preparados ya á las piadosas emociones, por todas las ceremonias de la Semana Santa: cerca del medio dia se les llevaba procesionalmente á la iglesia; allí se les catequizaba por la última vez, y debian probar que estaban suficientemente instruidos, para ser admitidos en la familia cristiana.

Recitaban en alta voz la oracion dominical y el símbolo de los apóstoles: despues el obispo iba por las hileras, haciendo la señal de la cruz en la frente de cada uno, les imponia las manos y los exorcismaba.

En esta ceremonia se imitaba la que habia hecho el Salvador: se tocaban los ojos y las orejas con saliva, diciéndoles como al presente á los niños: *Epheta*, que significa *abrir*. Entonces, los ojos que habian estado cerrados á las claridades divinas; los oidos que aun no se habian abierto á las palabras de salud, veian y entendian; y aquellos que habian deseado con fervor, y vivido con pureza, eran admitidos á nuestros sagrados misterios.

Y para probar á todos, que estos nuevos cristianos estaban dispuestos á combatir por la fé que abrazaban, y que se habian convertido en atletas de Jesucristo, el obispo esparcia el aceite de uncion, el aceite que los volvia fuertes en la arena, sobre el pecho y sobre las espaldas desnudas.

Poco mas tarde, despues de la bendicion de las fuentes, tenia lugar el bautismo por inmersion ; los padrinos presentaban los mancebos, y las madrinas llevaban las jóvenes. Los sacerdotes tomaban de las manos á los catecúmenos, en seguida, y con toda la castidad del santuario sabian alejar los inconvenientes, y tenia lugar con toda pureza la triple inmersion para aquellos que eran fuertes, y la inmersion simple para los débiles y delicados.

Al salir de la piscina regeneradora, todos los bautizados eran presentados al ministro del altar, que les daba la uncion de la santa crisma, haciéndoles la uncion con el dedo pulgar en lo alto de la cabeza.

Despues los nuevos cristianos vestian las ropas talares blancas, sin manchas ni suciedad, emblemas de la inocencia y de la virginidad.